

# OBISPO

## Decretos

### Nombramientos



LEONARDO LEMOS MONTANET  
BISPO DE OURENSE

Prot. S. Nº: 502/2023

**NOS, EL DOCTOR DON JOSÉ LEONARDO LEMOS MONTANET  
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA  
OBISPO DE OURENSE**

De conformidad con lo que establece el canon 151 del Código de Derecho Canónico, deseo proceder al nombramiento de Párroco de las parroquias de San Pedro Fiz de Pontebrúes y San Mamede de Xendive.

Teniendo en cuenta las condiciones que señalan los cc. 521 y 524, la Instrucción de la Congregación para el Clero *La conversión pastoral de la comunidad parroquial al servicio de la misión evangelizadora de la Iglesia*, en el nº 70, y las *normas para el nombramiento de párrocos* vigentes en nuestra Diócesis (B. O. mayo-junio de 2000),  **nombro PÁRROCO de San Pedro Fiz de Pontebrúes y San Mamede de Xendive, al Rvdo. D. NÉSTOR ÁLVAREZ RODRÍGUEZ**, con las facultades ordinarias para el desempeño de su misión.

De acuerdo con el c. 527,2 **se le dispensa de la ceremonia de toma de posesión**; pero deberá observar lo demás que prescriben las *normas para el nombramiento de párrocos*, n. 6, y hacer la profesión de fe según el c.833, 6º

Esperamos con fiabilidad que el nombrado cumpla con toda fidelidad las obligaciones que le son propias y que se determinan en los cc. 528 y siguientes y en la normativa diocesana; para gloria de Dios y bien de los fieles que se confían a su celo pastoral.

Dado en la ciudad Ourense, a diez de abril de dos mil veintitrés.



*Leonardo Lemos Montanet*  
Bispo de Ourense

Por mandato de S.E. Rvma.  
*M. Emilio Rodríguez Álvarez*  
Canciller-Secretario



LEONARDO LEMOS MONTANET  
BISPO DE OURENSE

Prot. S. Nº: 321/2023

**NOS, EL DOCTOR DON JOSÉ LEONARDO LEMOS MONTANET  
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA  
OBISPO DE OURENSE**

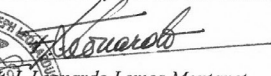
De conformidad con lo que establece el canon 151 del Código de Derecho Canónico, deseo proceder al nombramiento de Párroco de las parroquias de Santa Mariña de Albán, San Cibrao de Armental, Santa Baia de León, San Vicene de Reádegos, Santiago de Vilamarín, San Salvador de Río de Vilamarín, San José de Pazos do Monte y Santa Mariña de Orbán, en el Arciprestazgo de Ourense-Norte.

Teniendo en cuenta las condiciones que señalan los cc. 521 y 524, la Instrucción de la Congregación para el Clero *La conversión pastoral de la comunidad parroquial al servicio de la misión evangelizadora de la Iglesia*, en el nº 70, y las normas para el nombramiento de párrocos vigentes en nuestra Diócesis (B. O. mayo-junio de 2000), nombro **PÁRROCO de Santa Mariña de Albán, San Cibrao de Armental, Santa Baia de León, San Vicene de Reádegos, Santiago de Vilamarín, San Salvador de Río de Vilamarín, San José de Pazos do Monte y Santa Mariña de Orbán, al Rvdo. D. JUAN CARLOS BANDE MIRANDA**, con las facultades ordinarias para el desempeño de su misión.

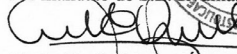
Tomará posesión de las mismas el día 1 de junio, y de acuerdo con el c. 527,2 se le dispensa de la ceremonia de toma de posesión; pero deberá observar lo demás que prescriben las normas para el nombramiento de párrocos, n. 6, y hacer la profesión de fe según el c.833, 6º

Esperamos confiadamente que el nombrado cumpla con toda fidelidad las obligaciones que le son propias y que se determinan en los cc. 528 y siguientes y en la normativa diocesana; para gloria de Dios y bien de los fieles que se confían a su celo pastoral.

Dado en la ciudad Ourense, a diecisiete de mayo de dos mil veintitrés.

  
D. Leonardo Lemos Montanet  
Bispo de Ourense

Por mandato de S.E. Rydina:

  
M. Emilio Rodríguez Álvarez  
Canciller-Secretario



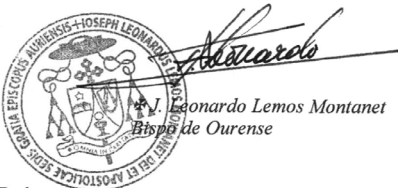
LEONARDO LEMOS MONTANET  
BISPO DE OURENSE

Reg. Nº. 471/2023

**NOS EL DOCTOR DON JOSÉ LEONARDO LEMOS MONTANET,  
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA,  
OBISPO DE OURENSE.**

A fin de que estén atendidos los servicios espirituales y pastorales de las parroquias de *Santa María de Campo, Santa Mariña de Ciudad, San Cosme de Cusanca, San Pedro de Dadín, San Juan de Froufe, San Julián de Parada de Laviote, San Baia de Reádegos, Santiago de Corneda y San Esteban de Cangues*, en el Arciprestazgo de O Carballiño, por el presente tenemos a bien nombrar, *ADMINISTRADOR “ad nutum episcopi”*, de dichas parroquias al *Rvdo. D. MIGUEL SALAS PÉREZ*, con las obligaciones y derechos que establece el canon 515 y siguientes del Código de Derecho Canónico, en la confianza de que sabrá cumplir fielmente su labor al servicio de los fieles católicos de dichas parroquias.

Dado en Ourense, a veintinueve de junio de dos mil veintitrés,  
Solemnidad de San Pedro y San Pablo.



Por mandato de Su Excia. Rvdma.

Manuel Emilio Rodríguez Álvarez  
Canciller-Secretario



LEONARDO LEMOS MONTANET  
BISPO DE OURENSE

Prot. Nº 469/2023

**NOS, EL DOCTOR DON JOSÉ LEONARDO LEMOS MONTANET  
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA  
OBISPO DE OURENSE**

**DECRETO**

Con fecha dos de febrero de dos mil dieciséis constituimos la Unidad de Atención Parroquial de Avión y nombramos para su atención y servicio a un sacerdote; por el presente, vengo en nombrar y nombro al **Rvdo. D. MAURO PUGA MARTÍNEZ** miembro del equipo sacerdotal de la **UNIDAD DE ATENCIÓN PARROQUIAL DE AVIÓN** en el Arciprestazgo de Ribadavia.

Esperamos confiadamente que, junto con el sacerdote que conforma el equipo pastoral cumpla con toda fidelidad las obligaciones que le son propias y que se determinan en los cc. 518 y siguientes y en la normativa diocesana; para gloria de Dios y bien de los fieles que se confían a su celo pastoral.

Dado en Ourense, a veintinueve de junio de dos mil veintitrés,  
Solemnidad de San Pedro y San Pablo.



J. Leonardo Lemos Montanet  
Bispo de Ourense

Por mandato de S.E. Rvdma

M. Emilio Rodríguez Álvarez  
Secretario General - Canciller

## Mensajes

### **Mons. Prieto Fernández, Arzobispo de Santiago de Compostela**

La Diócesis de Ourense se llena de gozo porque una vez más, uno de sus más preclaros hijos, llega a ocupar la Sede Metropolitana de Santiago de Compostela. Hace poco más de setenta años, otro sacerdote ourensano, D. Fernando Quiroga Palacios, era nombrado Cardenal arzobispo de Santiago de Compostela.

Con una inmensa alegría recibíamos, en el mediodía de ayer, día 1 de abril, el nombramiento de **Francisco José Prieto Fernández, como nuevo Arzobispo de Santiago de Compostela**. Días atrás, en una iglesia de Santa Eufemia del Centro, abarrotada de fieles, pronunció el Pregón de Semana Santa; como siempre, sus palabras fluidas, tanto en gallego como en castellano, nos fascinaron con la belleza de su expresión. Alguno, por nuestro ministerio, sabíamos ya desde hace un mes que ese nombramiento se iba a realizar en este día, por eso nos apuramos a invitarle para que diese ese pregón con el que se inaugura la Semana Santa en nuestra ciudad, en este año 2023, acontecimiento que quedará inscrito en los anales de la misma.

D. Paco, como muchos le llaman por esta tierra, nació en Ourense el 18 de agosto de 1968. Cursó estudios eclesiásticos en el Instituto Teológico “Divino Maestro” de Ourense, fue ordenado sacerdote el 26 de junio de 1993. Se formó en centros universitarios de Ourense, Navarra, Salamanca y Roma. Licenciado en Teología Patristica en la Pontificia Universidad Gregoriana, se doctoró más tarde en Teología Bíblica, en la Pontifica Universidad de Salamanca.

Francisco José Prieto Fernández, no es un eclesiástico al que se le hayan subido los títulos a la cabeza ¡todo lo contrario! Estuvo siempre a disposición de su obispo y los primeros destinos que se le encomendaron fueron pequeñas parroquias, rurales y distantes de la capital. Ya entonces, con pocos fieles. Después de ejercer como vicario parroquial en Santa Teresita, en el barrio ourensano del Veintiuno, en donde estuvo un curso, (1994-1995); le nombraron formador del Seminario Menor (1995-1996); al año siguiente, Mons. Dieguez Reboredo (1987-1996), no encontrando a otro sacerdote disponible en aquel momento, le encomienda la administración parroquial de Chaguazoso, Manzalvos, Cádavos y Castromil (1996-1997), en la frontera con la Diócesis de Astorga; un año después, ya en Ourense, tiene que atender la Purísima de Vilar de Astrés (1997-2001); a partir de 2004 será el capellán de la Madres Clarisas Reparadoras del monasterio de San José de Vilar de Astres; aquí permanecerá hasta su nombramiento episcopal. A aquella comunidad monástica no sólo las atenderá cultualmente, sino que se preocupará de acompañarlas en

su proceso formativo y, además, será fundamental su asesoramiento en el diseño y construcción de la iglesia monástica, que me cupo la suerte de bendecir y consagrar su altar en el año 2019. Además, se le pidió que atendiese las parroquias de Carballeda (O Reino), Torrezuela, Corna y Coiras (2008-2009); a partir de 2009 ejercerá como vicario parroquial de San Pío X (2009-2021) en el barrio de Mariñamansa.

A los pocos meses de llegar a esta Diócesis, en febrero de 2012, me vi en la necesidad de renovar el equipo de vicarios episcopales porque me manifestaron que estaban cansados y me pedían su sustitución porque llevaban muchos años en ese servicio. Al no conocer todavía al clero de la Diócesis, decidí realizar un sondeo pidiéndole a todo el Presbiterio Diocesano que me enviase nombres de sacerdotes para ocupar las vicarías. Pude comprobar que D. Francisco José era propuesto por un buen número de sacerdotes e, inmediatamente, detecté que era muy querido por sus compañeros. Yo no había tenido trato con D. Paco, sabía que era un buen docente y un sacerdote muy activo pastoralmente. En aquel momento, compaginaba la tarea pastoral con el ejercicio de la docencia en el Instituto Teológico “Divino Maestro” de Ourense, como profesor de Patrología, Orígenes del Cristianismo, Metodología del trabajo Científico, Cristología y de Mariología. Además de todo esto, era el Director del Centro de Ciencias Religiosas San Martín, que funcionaba en unos pisos de la Avda. de la Habana y era imprescindible buscarle otra ubicación. Este fue el motivo de mi primera aproximación con D. Paco. También era profesor invitado en el Instituto Teológico Compostelano y colaboraba en la Formación Permanente del Clero de la diócesis de Ourense, desde el año 1995 hasta su nombramiento episcopal. Era miembro de la Asociación Bíblica Española (desde 2002) y de la Comisión Teológica Asesora de la Conferencia Episcopal Española (desde 2013), llevaba, además, la secretaría del consejo de redacción de la revista *Auriensia*, publicación del Instituto Teológico “Divino Maestro” (desde 1998).

Después de pensarlo y meditarlo mucho creé una Vicaría para la Nueva Evangelización, ya que estábamos metidos en este proceso de la “nueva tarea evangelizadora en la Iglesia”, y me pareció la manera adecuada para responder a esta necesidad, evidentemente, la persona cuyo perfil respondía a esta nueva Vicaría era D. Francisco José Prieto. Hemos trabajado juntos desde el año 2012 hasta 2021. Han sido años muy intensos en donde hemos vivido juntos una experiencia, no sólo eclesial, sino fraternal y de amistad que ha marcado nuestras vidas. Recuerdo, con el corazón agradecido, la implicación que tanto él como los demás vicarios tuvieron en los momentos críticos del confinamiento a causa de la COVID-19. A pesar de las restricciones, él subía todos los días, a primera hora, para celebrar la Eucaristía a las Clarisas de Vi-



lar de Astrés y, después, bajaba al Obispado, en donde pasaba toda la mañana porque habíamos creado una oficina de emergencia, precisamente en su despacho, para atender a todos los sacerdotes, y laicos que lo necesitasen; además, me ayudó a elaborar diferentes notas que había que publicar, y pequeños vídeos en los que el Obispo se dirigía a los diocesanos; y no sólo eso, sino que también colaboró conmigo para dar respuesta a una serie de subsidios que, como presidente de la Comisión Episcopal para la Liturgia, tenía que revisar y elaborar en aquellos momentos.

D. Francisco José es un magnífico compañero, un buen sacerdote, muy trabajador y con iniciativas creativas; fue ese amigo que en silencio, pero con obras elocuentes, me ayudaba siempre, tanto a mí como a los vicarios y a los delegados episcopales. Con gozo, aunque con una “pena” por su “pérdida” recibimos su nombramiento de Obispo titular de Vergi y auxiliar de Santiago de Compostela. Aparentemente era una “pérdida” para nosotros, pero se convertía en ganancia ya que su servicio permanecía muy activo y presente desde la capital de Galicia.

Cuando el pasado miércoles, día 29, al concluir su magnífico Pregón de Semana Santa, en la iglesia de Santa Eufemia, al darle las gracias a él y a los que habían organizado y participado en aquel evento, manifesté el cariño de Ourense y de sus gentes por Mons. Prieto Fernández, justo en aquel momento, manifesté en público que todos los presentes y muchos más estábamos pidiendo al Espíritu Santo que en él aconteciese lo que tuvo lugar hacía poco más de setenta años, fecha en la que otro ourensano, de las tierras de Maceda, había sido nombrado Cardenal arzobispo de Santiago de Compostela; me estaba refiriendo, claro está, al cardenal D. Fernando Quiroga Palacios.

Damos gracias a Dios por la vida, el espíritu de servicio y la disponibilidad de Mons. Prieto Fernández; soy conocedor de que, desde la zona de Ferrolterra —donde yo nací— hasta la península do Morrazo, que son los límites extremos del Arzobispado Compostelano, casi todas las parroquias fueron recorridas por D. Francisco José. Sé de sus visitas y encuentros con los sacerdotes, la preocupación por la vida consagrada, el impulso a una programación pastoral diocesana que acogiese las distintas zonas del vasto Arzobispado, y otras muchas acciones que han brotado de su gran dinamismo y de su creatividad pastoral. Doy gracias al Santo Padre Francisco porque, acogiendo los deseos de muchas personas que le pedimos un arzobispo gallego para la sede Compostelana, cabeza eclesialística de la Iglesia en Galicia, nos ha escuchado y ha elegido a este ourensano, de cincuenta y cinco años, joven, trabajador, buen pastor, abierto siempre al diálogo, de talante sinodal que hemos podido comprobar en los trabajos de nuestro Sínodo Diocesano de Ourense. Un obispo que en poco tiempo se ha sabido ganar el corazón de

muchos hijos e hijas de la querida Archidiócesis Compostelana, iglesia en la que he nacido y he vivido treinta y cinco años de mi vida sacerdotal, y a la que desde estas tierras cálidas y acogedoras de Ourense, que he aprendido a querer con facilidad, felicito con toda mi alma. Sé bien que el ministerio episcopal de Mons. Prieto Fernández, ahora como Arzobispo compostelano, metropolitano de Galicia, adquiere un especial significado, también para la Iglesia en Ourense. Rogamos por él, pues es nuestra obligación, y damos gracias al Señor porque un hijo de estas tierras ourensanas es, desde hoy, la cabeza visible de la Iglesia en Galicia. No son momentos fáciles, sin embargo, creo que el Buen Dios nos ha bendecido con el pastor más oportuno y adecuado para responder muy bien a las necesidades de nuestro pueblo y de sus gentes.

J. Leonardo Lemos Montanet  
Bispo de Ourense



### A los misioneros, mensajeros de la fe recibida

Viene siendo una hermosa costumbre, al acercarse la solemnidad de Pentecostés, el poder dirigirme a todos vosotros, hombres y mujeres que habéis nacido en esta Iglesia que peregrina por las cálidas y generosas tierras ourensanas y, movidos por el Espíritu os habéis convertidos en heraldos de la fe que, en su día habéis recibido en el Bautismo y ratificado con vuestra consagración religiosa o con la ordenación presbiteral. La Iglesia en Ourense está inmersa en una experiencia sinodal desde el 2016 y, siendo fiel a esta vivencia eclesial sigue viviendo esta dinámica que ha encontrado un eco de vital importancia al ser invitada a participar en el Sínodo de los Obispos que, después de las etapas diocesana, nacional y continental se prepara para celebrar la primera asamblea general, en el próximo mes de octubre. A lo largo de este tiempo, hemos sabido descubrir, individual y comunitariamente que el futuro de la Iglesia es la sinodalidad.

Mis queridos hermanos/as: vosotros que sois conscientes de tantas dificultades sabéis bien que el Espíritu con el que habéis sido ungidos, ya en el Bautismo, os ha convertido en el rostro de vanguardia de nuestra Iglesia para transmitir la fe en el Crucificado-Resucitado. Lo estáis haciendo “allende” las fronteras de nuestra tierra y siendo conscientes de que también son muchas las necesidades con las que se encuentra la vieja Europa, de manera especial esta querida Galicia, y sobre todo Ourense, que sigue a la cabeza de las provincias más envejecidas de nuestro país. Os animo a que sigáis siendo fieles y a que no perdáis la alegría, a pesar de los muchos desafíos con los que nos encontramos. Sabed bien que el Espíritu os guía, os fortalece en vuestras labores, a veces heroicas. Una vez más pido a ese *Gran desconocido*, que es el Espíritu Santo, que os renueve y os dé la valentía para que, en medio de los sacrificios y penalidades –que sé que las vivís y a ellas os enfrentáis con alegría y esperanza– sea para vosotros un signo de la cercanía del consuelo del Buen Padre Dios.

Desde el lugar en donde os encontréis os ruego que pidáis por esta Iglesia, por sus necesidades, por sus sacerdotes y por las vocaciones, para que seamos testigos misioneros del amor de Dios en medio del Pueblo que se nos ha encomendado y, por nuestra parte, estad seguros que siempre tenemos presente a los misioneros diocesanos y que estamos convencidos de la importancia de vuestro testimonio que siempre nos resulta inspirador en medio de nuestras dificultades y, sobre todo, es un estímulo que nos impulsa a buscar al Padre que con la fuerza del Espíritu, nos manifiesta su rostro en Jesús, el Resucitado.

¡No estáis solos! Ese Espíritu nos mueve a esforzarnos por acompañaros y sentir la misión en nuestras tareas pastorales. La comunidad diocesana siempre ha encontrado en vosotros, en vuestro testimonio de vida y, de manera

especial, en la entrega generosa que manifestáis con la misión, que, en vosotros, nos sentimos representados en esa labor tan hermosa, y que no debe faltar nunca, que es la *misión ad gentes*. Sabemos que, aunque sean muchas las necesidades inmediatas de nuestro entorno, nunca podemos cerrarnos a la auténtica perspectiva misionera de la que vosotros sois el rostro más elocuente en ese horizonte eclesial y universal.

Con afecto, os bendice y se encomienda a vuestras oraciones,  
J. Leonardo Lemos Montanet  
Bispo de Ourense

## Homilías

### Homilía durante la Misa Crismal

*Catedral de san Martín, 5 de abril de 2023*

*Mis queridos hermanos sacerdotes.*

*Queridos seminaristas.*

*Hermanas y hermanos en el Señor:*

*Jesucristo nos ha hecho reino y sacerdotes para Dios, su Padre. A Él la gloria y el poder (Ap 1, 6).*

Si toda celebración litúrgica es una realidad que nos acerca a la belleza del misterio de Cristo vivido en la Iglesia, en la hermosa liturgia de la Misa Crismal revivimos el hecho mismo por el cual el Espíritu Santo se derrama sobre nosotros, presbíteros, diáconos y obispo para ser testigos del amor de Dios en el mundo y ser así constructores de bien en la vida de tantos hombres y mujeres de nuestros pueblos. Luchando de esta manera, ayudados por la gracia del Señor, nos convertiremos en esos arquitectos de la gloria de Dios en medio de nuestra sociedad.

Para vivir esta realidad que sobrepasa nuestras fuerzas, sabemos que no nos encontramos solos, sino que formamos una gran familia: el Presbiterio de la Iglesia en Ourense y, además, tenemos la certeza de que el Espíritu del Señor está sobre nosotros, porque hemos sido ungidos para ser enviados y ser así testigos de la misericordia, y no os olvidéis de lo que os decía en el retiro de esta tarde: *que la misericordia es la única verdadera y última reacción eficaz contra el poder del mal. Sólo allí donde existe misericordia se acaba la crueldad, el mal y la violencia; porque la misericordia en nuestro corazón es el dinamismo que nos mueve hacia Dios y Él está esperando siempre nuestras obras de misericordia.*

Esforcémonos por ser misericordiosos entre nosotros mismos, que nuestro pueblo descubra en nosotros signos de misericordia, que pueda cantar con nosotros las misericordias del Señor y que nuestra existencia sacerdotal esté siempre adornada por la fidelidad y la misericordia como nos recuerda el Salmo de este día: *Mi fidelidad y misericordia lo acompañarán* (Sal 88).

El Evangelio de Lucas nos ofrece la escena de lo que pasó en la sinagoga de Nazaret, cuando Jesús se levantó para leer un texto de la profecía de Isaías; allí estaba escrito: *El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado* (Lc 4, 16-21), para evangelizar y ser testigo del Dios de las misericordias. Y al final del texto se nos dice: *Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír.*

“Hoy” también nosotros renovaremos nuestros compromisos sacerdotales y, al participar con el Obispo en la plegaria eucarística, también “hoy” el Espíritu que un día consagró nuestras manos y toda nuestra existencia, reactualizará el ministerio que hemos recibido el día de la ordenación sacerdotal por medio de la oración de la Iglesia y la imposición de manos del Obispo y del Presbiterio. Por eso en *la liturgia de la Iglesia no se dice “yo” sino “nosotros” (...). La liturgia no nos deja solos en la búsqueda de un presunto conocimiento individual del misterio de Dios, sino que nos lleva de la mano, juntos, como asamblea, para conducirnos al misterio que la Palabra y los signos sacramentales nos revelan (Desiderio desideravi, 19).*

¡Eso mismo acontece esta tarde! Pero no nos olvidemos, que esto mismo tiene lugar en cada una de esas Eucaristías que celebráis en cualquiera de nuestros templos, aún en los más pequeños y pobres de nuestra Diócesis, siempre que los hagáis insertos en la comunión de la Iglesia.

Mis queridos hermanos/as laicos y miembros de la vida consagrada. No penséis que esta celebración es cosa de curas y para los curas. Al término de estas palabras, los sacerdotes renovarán sus compromisos sacerdotales, pero también la Iglesia, a través del Obispo se dirigirá a vosotros y os exhortará:

*Y vosotros, hijos muy queridos, orad por vuestros sacerdotes, para que el señor derrame abundantemente sobre ellos sus bendiciones: que sean ministros fieles del Cristo Sumo Sacerdote, y os conduzcan a él, única fuente de salvación.*

Los sacerdotes no brotan por generación espontánea, sino que surgen en medio de la comunidad creyente, en el seno de familias abiertas al don de la vida y en las cuales se vive el regalo de la fe con alegría y esperanza. Si nuestros Seminarios están casi vacíos es responsabilidad de todos, pero su crisis no es sólo un mal que afecta a esa institución sino que es una realidad global; sin embargo, en otros lugares de España se está dando un despertar religioso en las familias y en las catequesis parroquiales, en la educación religiosa de los colegios, en la hermandades y cofradías, grupos, movimientos y asociaciones; a estos ambientes eclesiales se acercan los niños y los jóvenes, se les acepta, se les da responsabilidades, se crea para ellos estructuras adecuadas a sus edades, no se les fagocita o ningunea como en algunas instituciones que se encuentran en manos de “los de siempre”, que son víctimas de la inercia y del “siempre se hizo así”, y que no se abren a posibilidades renovadas y renovadoras; como consecuencia de estos planteamientos, las instituciones terminan envejeciéndose y apagándose, como le ocurre a la vida humana.

Sé que me diréis que nuestra población es de mayores y que en nuestras iglesias no hay jóvenes, pero necesitamos hacer un examen sobre nuestras actitudes, también nosotros: ¿les dejamos algún espacio libre en nuestros

templos? ¿acaso no nos cansan enseguida cuando ellos y ellas participan en una celebración? Apostemos por abrir aquellas instituciones donde nos encontremos para que sean cauce de acogida evangelizadora para nuestros niños y jóvenes. Dejémonos llevar de la imaginación creativa para abrir de par en par las puertas de nuestros grupos, movimientos, asociaciones, cofradías a los niños y jóvenes.

Hermanos míos, esta celebración de la Misa Crismal, al igual que el Jueves Santo, son días muy sacerdotales; aprovechemos la ocasión para pedir por nuestros sacerdotes, por su santidad de vida, para que sean fuertes en medio de una sociedad como la nuestra en donde ciertas ideologías cargadas de un secularismo agresivo, sobre todo contra lo católico, e impregnadas de una potenciación creciente de costumbres neopaganas, hacen a veces imposible el ejercicio del ministerio sacerdotal. Por otra parte, estamos viviendo momentos en donde el pueblo creyente tiene que salir en defensa de los sacerdotes que sufren injustamente auténticos martirios en su vida y en la vida de sus familias a causa de noticias y acusaciones que sin demostrarse su veracidad suprimen el derecho constitucional de la “presunción de inocencia” antes de ser juzgados. Es cierto que entre los eclesiásticos se han dado algunos casos que causaron mucho daño a personas inocentes, y han sido motivo de mucho dolor y sufrimiento también para los obispos y para los sacerdotes que luchan por ser fieles; por eso, desde este lugar santo, secundando al Papa Francisco, queremos pedir perdón a tantas víctimas y, al mismo tiempo, os hacemos saber que los centros de la Iglesia, parroquias, catequesis, escuelas, seminarios, etc. tienen protocolos exigentes que impiden que se cometan acciones delictivas, porque hemos apostado por convertir a *la Iglesia en un lugar seguro* para niños y personas vulnerables, ya que como criterio nos hemos propuesto que en la Iglesia “tolerancia cero” contra todo tipo de abusos innombrables contra cualquier tipo de persona. Rezad mucho para que desaparezca esta lacra social que afecta a los niños y niñas de la sociedad humana.

Os ruego que tengáis muy en el corazón a nuestros Seminarios. Siguen existiendo en nuestra sociedad y siguen reclamando vuestra ayuda; no sólo materialmente, sino que os pido, también, que sigáis haciendo campaña vocacional con tantos niños y jóvenes con los que os encontráis en vuestra vida. Dios sigue llamando y sigue habiendo respuestas, pero en ocasiones éstas quedan apagadas o aplastadas por otros intereses que no buscan la gloria de Dios.

Al final, el Obispo os pedirá a todos: *Rezad también por mí, para que sea fiel al ministerio apostólico confiado a mi humilde persona, y sea imagen, cada vez más viva y perfecta, de Cristo sacerdote, buen pastor, maestro y siervo de todos.*

Que Nuestra Señora del Consuelo, a quien veneramos en esta Catedral y cuya imagen nos recibe en el Pórtico del Paraíso, nos ayude a todos, pastores, fieles laicos y religiosas/os a vivir con ilusión y esperanza nuestro compromiso de ser testigos misioneros en nuestros hogares, en la sociedad y en la Iglesia.



## Homilía na Misa solemne da Ofrenda ó Santísimo Sacramento

*Catedral de Lugo, 17 de xuño do 2023*

*Sr. Bispo de Lugo, benquerido D. Alfonso.*

*Sr. Arcebispo de Santiago de Compostela.*

*Sr. Bispo de Tui-Vigo.*

*Sr. Arcebispo emérito de Santiago.*

*Quixera facer tamén presente ó Sr. Bispo de Mondoñedo-Ferrol, que tiña proxectado estar con nós neste día, pero debido ó pasamento de seu pai atópase lonxe de nós, mais sentímolo preto, tanto a el coma a súa nai e a toda a súa familia, e témolos presentes nesta Eucaristía.*

*Sr. Deán e Cabido desta Catedral-Basílica de Lugo.*

*Meus benqueridos sacerdotes.*

*Excma. e Ilma. Autoridades.*

*Irmás e irmáns:*

Saúdo, cordialmente, ó Sr. Oferente, Alcalde da moi leal, xenerosa, acolledora e cálida cidade de Ourense que en representación das sete cidades do Antigo Reino de Galicia e de todo o pobo galego lle puxo voz a esta ofrenda ó Santísimo Sacramento.

Fai tan só un momento resoaron nesta fermosa e antiga catedral basílica do Sacramento as mesmas verbas do Señor Xesús que nos lembrou: *Eu son o pan vivo que baixou do ceo: se alguén come deste pan, vivirá para sempre; e o pan que eu darei, é a miña carne, para a vida do mundo* (Xn 6, 51).

Vivir para sempre, para sempre! Este é o desexo que dende o comezo desta historia estivo e está presente no corazón do ser humano dende que existe sobre este mundo. Un desexo sempre insatisfeito a pesar dos grandes avances da técnica e do progreso. Para sempre! Este foi un desexo para as persoas singulares pero, tamén para os pobos, de aí que nun dos primeiros libros da Biblia lémbrenos como aquel dirixente, ó mesmo tempo político e relixioso, se dirixe ó pobo e dille: *Ti es un pobo consagrado ó Señor, teu Deus. O Señor, teu Deus, escolleute para ser o pobo da súa persoal propiedade entre tódolos pobos que viven sobre a superficie da terra* (Dt 7, 6).

Estas verbas resoan con especial intensidade esta mañá en cada un de nós porque tamén Galicia, os seus pobos e as súas xentes foron escollidas por Deus dende hai moito tempo para ser un pobo consagrado a Deus. Non temos máis que contemplar a nosa xeografía galega e darnos conta de que toda ela está percorrida por mosteiros, santuarios, ermidas, parroquias e fermosas catedrais, coma esta que nos acolle neste día tan sinalado, que están cargadas de historia e de piedade. E non só iso, podemos facer un percorrido polas costumes relixiosas dos nosos pobos e das súas xentes e darnos conta que ata

na máis humilde das parroquias, perdidas na xeografía desta querida terra, atopamos como se estivese metida no ADN do corazón dos homes e mulleres destes pobos, mesmo daqueles que poden definirse como indiferentes ou agnósticos, a festa ó Santísimo Sacramento: a festa do *Corpus Christi*. Por outra banda, a bandeira da nosa Autonomía é a única, de todas as existentes, que no seu corazón garda o testemuño do seu ser eucarístico. E este feito non é excluínate senón todo o contrario, é un signo do amor de Deus por este pobo e, o que tamén é moi significativo, constitúe un símbolo da unidade de todo un pobo, independentemente das súas opcións políticas e ideolóxicas. Cando os nosos antepasados constituíron este emblema que dende hai anos se converteu nunha realidade de moita significación, fixérono, polo menos xa dende mediados do século dezasete, e temos a certeza de que ese costume funde as súas raíces en datas que veñen de moito máis atrás. Esa presenza é un signo da fidelidade de Deus co noso pobo e ó mesmo tempo unha invitación para que saibamos descubrir que debemos camiñar a través de todo aquilo que fai humano ós fillos e fillas destas terras, porque só quen camiña a través do home chegará a Deus. Traballar por unha sociedade xusta, sa, solidaria e co corazón aberto a tódolos pobos é sempre un bo proxecto, poderíase dicir que é o grande proxecto que nos coloca a todos nese camiño de eternidade.

Sr. Oferente, comprendo o sentido que lle deu á renovación dun voto feito polos rexedores das sete cidades máis importantes do Reino de Galicia, hai varios séculos. Facendo memoria histórica agradecida e autenticamente viva, suplicou ante o Señor Sacramentado polas novas corporacións municipais e provinciais, para que os homes e mulleres elixidos polos cidadáns non perdan a perspectiva da súa nobre vocación política que está encamiñada á edificación da cidadanía e a unha adecuada actividade, en liberdade, do ser humano, por iso é polo que cando os que se dedican a ela non a viven coma un servizo á comunidade, esta actividade pódese converter nun instrumento de opresión, marxinação, corrupción e mesmo de destrución –así se manifestaba o Santo Pai Francisco–; tomar en serio a política nos seus diversos niveis –local, rexional, nacional e mundial– é afirmar o deber de cada persoa, de toda persoa, mesmo daqueles ós que parece que non se lles presta atención como son os pobres, os migrantes, os desfavorecidos, os máis vulnerables. Toda persoa debe coñecer cal é o contido e o valor da opción que se lles presenta e segundo a cal se busca realizar colectivamente o ben da cidade, da nación, da humanidade na que se habita e da que se forma parte.

O Papa Francisco lembra que o exercicio da cidadanía e a participación na política son unha obriga moral (cfr. *Evangelii gaudium* 220). O Santo Pai realiza unha hermenéutica social da parábola do bo samaritano (cfr. Lc 10, 25-37), chegando a manifestar que este texto bíblico é unha invitación a

todos, orientado a que rexurda a nosa vocación de cidadáns do propio país e do mundo enteiro, como construtores dun novo vínculo social (cfr. *Fratelli tutti* 66).

Os nosos antepasados souberon descubrir na presenza deste Señor Sacramentado a forza e o impulso para construír unha cidade libre e unha sociedade xusta e fraterna. Á luz da Eucaristía, xa dende o primeiro momento do despregamento da forza e do dinamismo do Evanxeo no mundo, xurdiron obras de solidariedade humana, de beneficencia, do exercicio concreto do que viñemos chamando Cáritas ata a actualidade.

Dende a perspectiva da fe, neste día, cobran unha forza especial as palabras do Evanxeo que acabamos de proclamar nesta liturxia de acción de grazas: *Eu bendígote, Pai, Señor do ceo e mais da terra, porque lles escondiches estas cousas ós sabios e ós prudentes e reveláchesllas ós pequenos* (Mt 11, 25-30).

Nunha sociedade como a nosa, que tantas veces busca o extraordinario, o fantástico, a rendibilidade numérica, para abrir a nosa existencia á transcendencia, é imprescindible busca-lo camiño do pequeno, porque é este o camiñar que escolle Deus para entrar en relación connosco; así nolo lembra a súa Palabra neste día: *O amor de Deus fíxose ver entre nós, en que Deus mandou ó mundo a seu Fillo Unixénito, para que nos dese a súa vida* (1 Xn 4, 7-16). Xesús Cristo fíxose presente na historia da humanidade asumindo a nosa propia condición humana e puidémolo contemplar coma un neno que acaba de nacer, máis tarde, coma un gran mestre de vida, e despois da súa paixón e morte contemplámolo vivo e glorioso no misterio da Eucaristía. Este misterio foi firmemente crido e profesado polos que nos precederon e nos legaron o testemuño dunha fe que se fixo presente na nosa terra a través da vida coherente desa fe no Crucificado-Resucitado que marcou un antes e un despois na nosa historia. Cristo en persoa é o camiño, él mesmo dínolo: *Eu son o Camiño*. Pero este Camiño non dista do seu termo, senón que está unido a el; El mesmo engade: *Eu son a Verdade, e maila Vida*. Ó mesmo tempo o camiño e o seu termo, o seu fin e plenitude; por iso é polo que este Señor, presente na Eucaristía, ofrécesenos coma o camiño segundo a súa humanidade, e é o termo da vida humana segundo a súa divindade. Este Deus connosco é a plenitude de todo ser e, ó mesmo tempo, o único que dá sentido ós desexos de eternidade que temos no noso corazón. Se queremos conseguir esa eternidade é necesario que aollamos a este Deus cheo de tenrura e misericordia, e que se nos ofrece como Camiño, Verdade e Vida. Se buscamos esa eternidade, é imprescindible que nos adhiramos a Cristo.

Que o noso Señor Xesús Cristo, presente dunha maneira viva na Eucaristía, acolla todos os proxectos e desexos que hoxe aquí se expresaron, e tamén

aqueles que todos gardamos no noso corazón, e que, unha vez máis, nos axude a redescubrir, coa forza do seu Espírito, que a clave de tódolos nosos éxitos se atopa en saber acolle-lo grande consello deste Señor Sacramentado: *Amémonos uns ós outros, porque o amor vén de Deus; e todo aquel que ama naceu de Deus e coñece a Deus. O que non ama, aínda non coñece a Deus, porque Deus é amor... por iso... Se nós nos amamos uns ós outros, Deus está en comunión connosco e o seu amor faise realidade cumprida en nós (1Xn 4, 7-16).*

Estas palabras saíron da boca do mesmo Señor que hoxe contemplamos diante de nós na súa presenza eucarística, e esas palabras que se fixeron carne en tantos dos nosos antepasados fixéronnos descubrir que a clave da *política de Deus* –se se me permite falar así– está sintetizada neste pensamento que segue a ser perennemente actual: ama e fai o que queiras, porque se é o amor de Deus o que guía os teus pasos, realizarás grandes empresas.

Que así sexa!

## Escritos

### La Semana Santa

Dentro de unos días entraremos de lleno en unas fiestas muy especiales para los cristianos: la celebración de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo. El pueblo, de una manera sencilla la llama, desde siempre: la Semana Santa.

Estos días se habla mucho de estas próximas fiestas. Algunos hacen cálculos para unas vacaciones necesarias; otros están preparándose para obtener unos buenos resultados con los turistas y visitantes; también hay algunos que en estos días están poniendo a punto los trajes de nazarenos, los instrumentos y adornos de tronos e imágenes para procesionar por nuestras calles, de manera especial, en las villas y en la ciudad. Como podemos comprobar, la Semana Santa ha adquirido un significado ambivalente de tal modo que en muchos casos ya muy poco tiene que ver con sus orígenes, auténticamente religiosos.

Sin embargo, la Semana Santa, para el que quiere vivir como un buen creyente, encierra en sí un profundo significado: para algunos se convierte en una especie de ejercicios espirituales abiertos; otros renuevan su vida cristiana preparando y acudiendo con más calma y tranquilidad a los sacramentos de la Eucaristía y de la Penitencia. Son una ocasión propicia para renovar, cambiar, transformar nuestras vidas y poder experimentar la sana y auténtica alegría de la Pascua del Resucitado.

Durante estos días, muchos de nuestros sacerdotes se multiplicarán con el fin de poder atender a las comunidades que se les ha encomendado; en el ejercicio de este ministerio podrán encontrar la ayuda de algunos seglares más comprometidos y en algunas parroquias, tanto de las villas como de la ciudad, se organizarán procesiones con las imágenes más veneradas, y que nos recuerdan escenas de la pasión y muerte de Nuestro Señor. Éstas son unas buenas oportunidades para realizar una nueva tarea evangelizadora. Las imágenes que se preparan para procesionar, y los desfiles de los distintos “pasos” por las calles y las *rúas* de nuestros pueblos, constituyen momentos muy especiales para los mismos. A pesar de estar inmersos en una sociedad en donde la secularización ha dejado su impronta y en la que el relativismo en el campo de lo religioso católico está adquiriendo unas cotas antes impensables, nos damos cuenta que todavía queda algo en lo más profundo del corazón del hombre y de la mujer que habita en nuestros pueblos o que asiste a este espectáculo sacro. Para muchas personas ésta será la única ocasión en la que se encontrarán con la imagen de un crucificado, o de una dolorosa.

Para los creyentes, estos días tienen un sabor especial y su comienzo es festivo y gozoso: piénsese en el Domingo de Ramos. Iniciando ya el recorri-

do de los días santos nos encontramos en la tarde del Miércoles Santo con la celebración de la Misa Crismal; es ésta una Eucaristía que preside el Obispo en la Catedral y a la que asisten una buena representación de los sacerdotes de la Diócesis. Durante esta ceremonia, que es muy hermosa y significativa, el Obispo bendice los aceites sagrados que se van a utilizar en la realización de los sacramentos: el aceite que se usa para la unción prebautismal y que se llama *óleo de los catecúmenos*; aquel que se emplea para la realización de la Santa Unción de Enfermos: *óleo de los enfermos*; y, por último, precedido de una oración más solemne, se consagra el óleo que se utilizará en el Bautismo, en la Confirmación y en la Ordenación sacerdotal y episcopal, así como para consagrar nuevos templos y altares. Se le llama *Santo Crisma*, que recibe su nombre: Crisma, del mismo Cristo que es el Ungido de Dios Padre; en ese mismo sentido, el que es ungido por el Santo Crisma se convierte en “otro Cristo” en un cristiano, un testigo del Resucitado. En la misma celebración, los sacerdotes renuevan sus compromisos sacerdotales, dándole así a esta jornada un carácter festivo y sacerdotal.

En el Jueves Santo, todo gira en torno a la institución de la Eucaristía, el mandato del Amor Fraternal –siendo éste un día especial para ejercitar y vivir la Caridad– y, al finalizar esta acción litúrgica, comienza el Triduo Sacro. Tres Días especiales en donde el creyente, desde un clima de silencio, contempla la pasión y muerte de Jesucristo –Viernes Santo Santo–; recordamos, en este día, los Santos Lugares de Jerusalén y a nuestros hermanos que viven en las mismas tierras que pisó Jesucristo; además, hacemos colecta para ayudarles en sus necesidades.

Aunque todavía no ha calado con la sufriente fuerza la celebración de la Vigilia Pascual, que es la litúrgica más hermosa e importante del año, que tiene lugar en el atardecer del Sábado Santo, es necesario decir e invitar a los fieles a que se acerquen y revaloricen este gran acontecimiento. Para los que viven su fe en el centro de la ciudad, saben que el Sábado Santo están invitados de una manera especial, tanto el clero como todos los fieles laicos, a participar en esta celebración en torno al Obispo que es el Pastor de la Iglesia que peregrina por las tierras de Ourense. Ante esta celebración, deben posponerse aquellas que se celebran en el entorno. En ella se revivirá la Resurrección del Señor, del Crucificado Resucitado, se bendice el fuego –el cirio pascual que simboliza a Cristo resucitado–; renovamos las promesas del Bautismo y, en esta ocasión, un grupo de personas mayores recibirán los sacramentos de la Iniciación Cristiana: Bautismo, Confirmación y Eucaristía. El ambiente litúrgico se llena de la alegría de la Pascua y el grito que lo acompaña es el canto del ¡Aleluya!

Todas estas celebraciones culminan con la Misa de la mañana del Domingo de Pascua que en nuestra ciudad adquiere un sentido mariano, ya que la

imagen de Santa María Madre, abandona su templo, se acerca a la Catedral y en ella se escenifica el encuentro con el Resucitado. Finalizada la Eucaristía de Pascua, se retorna en procesión al templo de Santa María Madre, a cuyas escalinatas acuden el pueblo y algunos curiosos para asistir, un año más, al rito del llamado “desencuentro” con el que se rememoran acontecimientos pasados vividos en la “Ciudad de las Burgas”. La Pascua en la vida del cristiano es uno de esos grandes acontecimientos que le ayudan a descubrir que ese Cristo que padece pasión y muerte en cruz, pasa de la muerte a la vida, y esa vida del Resucitado se trasfiere sacramentalmente a todos y a cada uno de los bautizados convirtiéndose en un perenne acicate para ser esos testigos alegres del Evangelio de Jesucristo en medio de nuestros pueblos y de sus gentes. Nuestro cristianismo no es una religión de muerte, sino de vida y para los vivos, porque nuestro Dios es el eternamente vivo, el Viviente que da luz, esperanza y vida al mundo.

Os deseo unas felices y santas Pascuas de Resurrección.

J. Leonardo Lemos Montanet  
Bispo de Ourense



## Retiros

### Retiro a los sacerdotes el día de la Misa Crismal

*Ourense, 5 de abril de 2023*

En este encuentro anual del Presbiterio Diocesano que tiene para todos una resonancia especial, nos hemos reunido en este templo para prepararnos lo mejor posible, no sólo para vivir bien esta celebración en la que renovaremos nuestros compromisos sacerdotales, sino también para disponer nuestro espíritu y todo nuestro ser con el fin de convertirnos en auténticos servidores de nuestros hermanos/as a los que deseamos ayudar a vivir este Triduo Sacro y a prepararse, adecuadamente, para la Pascua del Señor.

Pero, ¿de qué podemos hablar esta tarde con el Señor? O mejor, ¿de qué nos quiere hablar el Señor a nosotros esta tarde?

Sabemos que el tema de nuestra oración, si es correcto hablar así, es el tema de nuestra vida, y esto me lo inspiró un comentario de uno de esos jóvenes universitarios que asiste a los encuentros vocacionales en el Seminario Mayor. Se acercó a mí y me dijo: ¿qué podemos hacer un grupo de jóvenes de nuestra parroquia que queremos lograr la santificación de nuestro sacerdote? (Se refería a D. Adolfo, que murió en circunstancias dolorosas, en su casa de Vilanova dos Infantes). Y me mencionaba una serie de rasgos y actitudes que configuraban la vida de aquel sacerdote, para él tan querido, y también para nosotros. Los detalles que más le llamaban la atención, en la vida de aquel sacerdote, tanto a él como a sus compañeros eran esas realidades existenciales que configuran y dibujan la santidad en el ministerio sacerdotal. Esos aspectos que gran parte de vosotros habéis subrayado cuando se os pedía que contestarais a aquella pregunta que se os formulaba para el penúltimo *Consejo Presbiteral*: *¿Qué cosas me ayudan a ser un buen cura?*

Mis hermanos: En realidad se trata de que, por momentos, nos dejemos iluminar por el Señor acerca de la santidad y, de manera especial, por la santidad sacerdotal que debe configurar nuestro ministerio.

Estamos acostumbrados a hacer reuniones y programaciones; nos parece imposible realizar cualquier tarea sin reunirnos previamente. En el fondo no es una mala praxis, porque es un signo de comunión, de fraternidad y... me atrevo a decir, es un buen espíritu de sinodalidad, a nuestro nivel, aunque bien es cierto que a veces debemos ser prudentes a la hora de programar tantas reuniones. Pero, ¿se puede programar la santidad? –se preguntaba Juan Pablo II al inicio del milenio en el que nos encontramos–: *¿Qué puede significar esta palabra en la lógica de un plan pastoral? En realidad, poner la programación pastoral bajo el signo de la santidad es una opción llena de con-*

*secuencias (...) sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial*[1]. Por eso, también llegó a afirmar: *Hacer hincapié en la santidad es más que nunca una urgencia pastoral*[2].

En este mismo sentido se ha manifestado el papa Francisco en dos textos magisteriales: *Evangelii gaudium* (2013) y *Gaudete et exsultate* (2018); ambos documentos señalan la urgencia de anunciar el Evangelio como si fuese un **pregón de lo esencial**, el *kerigma de salvación*, y hacerlo con el testimonio y la propuesta de una vida santa, una existencia contracorriente. De hecho, se nos recuerda: **Misericordia, alegría, discipulado misionero y santidad son claves de la permanente llamada a la espiritualidad de esta propuesta de renovación eclesial para la salida misionera en el cambio de época**[3].

Y el Presidente de la CEE, en la apertura de la Plenaria de la primavera de 2021, nos decía: *Meditar Gaudete et exsultate puede ayudarnos a redescubrir la llamada a la santidad que hemos recibido todos los bautizados, un camino bellissimo de amor capaz de transformar el mundo*.

Hermanos míos, convenzámolos de que la realidad de la santidad es decisiva en la vida cristiana, así lo subrayó la *Lumen Gentium* del Vaticano II, dedicando el capítulo V a la *Universal vocación a la santidad en la Iglesia*. Ha sido la primera vez en la historia de la Iglesia en la que en un concilio ecuménico se le dedica un capítulo a esta realidad. El Papa nos está pidiendo a los Obispos de todo el mundo que dediquemos este año, y el siguiente, a repasar en la formación del clero y de los laicos las cuatro grandes constituciones del Vaticano II para nuestra formación, estudio, reflexión y, me atrevería a pedirlos, que las convirtáis en vuestro libro de lectura espiritual durante este tiempo. El Concilio nos habla de una santidad que implica a todos los bautizados y, por tanto, también al presbítero; y da la sensación de que lo hemos convertido en un tema tangencial, a veces lo cuidamos poco o, quizás, lo damos por sabido.

Y no se trata de que “debo ser santo”, ni “tengo que luchar por ser santo”, parecería que estaríamos cayendo en una especie de puro voluntarismo, ¡no!, no se trata de eso, sino que tenemos que redescubrir, una y mil veces, que el fundamento de la santidad y, por consiguiente, de una buena espiritualidad cristiana, radica en el querer mismo del Buen Dios. Es Dios mismo quien nos quiere y nos hace santos y que, por tanto, la santidad no se reduce a cumplir una serie de exigencias que, aunque son buenas, en esto no consiste la santidad, porque antes que una acción moral del hombre, la santidad es acoger ese modo de ser que Dios quiere realizar en nosotros, basta que nos dejemos hacer. Recordad aquella frase tan manida de san Ireneo: *Deus facit, homo fit*. Dios hace, el hombre es hecho; lo propio de Dios es hacer y lo propio del hombre es dejarse hacer.

La verdadera santidad consiste en situar nuestra **vida**, fundada en el **Bautismo**, para que sea **animada por el Espíritu Santo, alimentada con la Palabra de Dios y con los Sacramentos**. Es cierto que esta vida, es la de cada uno y se vive de distintos modos de acuerdo con la situación en la que nos encontremos y con la fidelidad al don de la gracia. Como sacerdotes estamos llamados a vivir nuestra existencia que se despliega a través del ejercicio del ministerio sacerdotal. Será pues en ese ejercicio en donde encontraremos el cauce adecuado para nuestra santificación.

Por ello, podemos afirmar que:

- Cuando nos preparamos para anunciar la Palabra, antes debemos leerla, escucharla, orarla, alimentarnos **de y con** ella; y una vez que lo hacemos nosotros mismos, dejaremos que esa Palabra de la que en la ordenación nos hemos hecho servidores, nos santifique. Recordemos aquello que se nos preguntó en el momento de la Ordenación: *¿Realizarás el ministerio de la Palabra, preparando la predicación del Evangelio y la exposición de la fe Católica con dedicación y sabiduría?*
- Cuando celebramos la Eucaristía, nos esforzamos por sumergirnos en el misterio pascual y, por tanto, buscamos nuestra morada en Cristo, aprendiendo a ofrecer nuestra vida con él por los fieles que se nos han encomendado. Recordemos: *¿Estás dispuesto a presidir con piedad y fielmente la celebración de los misterios de Cristo, especialmente el sacrificio de la Eucaristía y el sacramento de la Reconciliación, para alabanza de Dios y santificación del pueblo cristiano, según la Tradición de la Iglesia?*
- Cuando anunciamos la misericordia de Dios, nuestra vida se impregna de su misma misericordia. *Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso* (Lc 6, 36), hasta *convertirnos en signos de santidad*. Recordad también aquella pregunta: *¿Estás dispuesto a invocar la misericordia divina en favor del pueblo que te sea encomendado, perseverando en el mandato de orar sin desfallecer?*

Quisiera recordaros, una vez más, que la misericordia es la única verdadera y última reacción eficaz contra el poder del mal. Sólo allí donde existe misericordia se acaba la crueldad, el mal y la violencia; porque la misericordia en nuestro corazón es el dinamismo que nos mueve hacia Dios y Él está esperando siempre nuestras obras de misericordia. Por eso,

- Cuando nos inclinamos sobre los cuerpos enfermos y débiles, cuando lavamos los pies a los hermanos –también, simbólicamente, los de nuestros hermanos sacerdotes, como he dicho antes–, nos estamos santificando, porque cuando realizamos todas estas acciones ya estamos participando de la caridad de Cristo, Pastor de los pastores. Esta actitud responde a la última pregunta que nos hizo el obispo el día de nuestra

ordenación: *¿Quieres unirte cada día más a Cristo, sumo Sacerdote, que por nosotros se ofreció al Padre como víctima santa, y con él consagrarte a Dios para la salvación de los hombres y mujeres de nuestro pueblo?*

- Y después de estas preguntas hemos puesto nuestras manos entre las del obispo para significar la íntima unión entre nuestro ministerio y el suyo, y prometimos obediencia.

En realidad, podemos afirmar que hay un solo ministerio sacerdotal, el de Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote. Ese ministerio lo entregó a la Iglesia y, *por* y *en* Ella, lo hemos recibido nosotros a través de la imposición de manos del Obispo.

Todos estos elementos configuran nuestro proyecto de vida de cara a la santidad; no tenemos por qué buscarla en otros lugares. Es decir, estamos llamados a buscar la santidad, o si queréis, nos podemos expresar mejor de otra manera, estamos llamados a acoger las energías de santidad que Dios da a quienes se acercan a Él a través de nuestro ministerio, y no bebiendo en otros pozos, sino en nuestro propio ministerio.

No nos olvidemos que la santidad es consecuencia de una acción del mismo Dios a través de la cual nos pone aparte, nos separa de muchos, nos distingue de la multitud, de todos, no en contra de ellos y tampoco sin ellos, al igual que actuó con Israel,

- Que fue separado de entre los demás pueblos para ser “propiedad de Dios” (Ex 19, 5-6).
- O lo que hizo con la tribu de Leví que es “puesta aparte” para que esté al servicio del Señor (Nm 18, 20-24; Dt 10, 1-9).

Desde esta perspectiva se entiende aquella célebre exhortación que pronunciamos frecuentemente, y que se encuentra precisamente en el libro del Levítico: **“Sed santos porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo”** (Lv 19, 2; 11, 44-45; 20, 26; 21, 8); en este libro aparece este texto cuatro veces.

Pero no podemos obviar un hecho fundamental. La santidad no es una energía mágica que penetra en nuestras vidas en el momento de la ordenación, y ya está. A esta acción de Dios que nos elige para un ministerio santo, le debe corresponder *la obediencia del hombre*. Esto quiere decir, mis queridos hermanos, que la santidad se funda en una dinámica existencial existente entre Dios y tú, entre Dios y nosotros. Supone una relación que nos compromete. Por un parte, está la acción de Dios en mí, en nosotros; y por otra, *nuestra responsabilidad*, y de algún modo esta palabra también supone una referencia a *“responder”* a Dios con nuestra *entrega* personal. El proceso de santidad no supone una fuga de nuestro mundo, de nuestra historia personal porque, si es un proceso auténtico, la santidad transforma nuestra existencia y genera nuevas relaciones con Dios, con la Iglesia, con el obispo, con el Presbiterio,

conmigo mismo. No es una relación contractual. *¡Do ut des!* Es una relación existencial-sacramental de Dios contigo en la Iglesia. No es un contrato de trabajo que tú tienes con la Iglesia, como si esta fuese una empresa, sino un misterio y un don de la Trinidad en el mundo.

Nuestro modelo es el Señor Jesús, el Divino Maestro, el Buen Pastor, el Sumo Sacerdote, por eso ***es esencial y básico para el ministerio presbiteral una unión profunda y personal con Cristo. El sacerdote debe ser un hombre que conoce íntimamente a Jesús, que lo ha encontrado y ha aprendido a amarlo*** (J. Ratzinger, La naturaleza del sacerdocio). Ahí está la fuente de auténtica santificación.

Somos santificados por la participación en la santidad de Cristo, dicho proceso comienza con el Bautismo y se desarrolla a lo largo de la vida, y por el don de la gracia según la vocación recibida, en nuestro caso por el don del ministerio. La relación con Cristo es el requisito esencial para alcanzar la santidad, nos recuerda san Pablo que Cristo ***“ha sido hecho por nosotros sabiduría divina, salvación, santificación y redención”*** (1 Cor 1, 30). Si nos adherimos a Él con fe, nos conforma a su imagen, como nos recuerda la carta a los Romanos (8, 29) y nos hace crecer hasta adquirir su misma estatura (Ef 4, 13), es decir, nos “hace santos”.

Esta unión con Cristo nos debe llevar a decir, con Pablo, ***“no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí”*** (Gal 2, 20). Esta identificación no se lleva a cabo como consecuencia de una acción mágica –*me ordenaron de sacerdote, ya conseguí lo que me proponía, ahora que me lo quiten, decía uno de mis alumnos al salir de la catedral todavía con el olor al santo Crisma en las manos*–. No podemos asumir:

- Un planteamiento del sacerdocio como status social.
- Como una profesión para hacer cuartos.
- Como un oficio para servirnos de la situación.

Mis hermanos, la identificación con Cristo supone en el presbítero **una unificación del corazón y de la persona entera** y dejarse transfigurar por Cristo; no basta sólo con que seamos buenos gestores, magníficos asistentes sociales, o respondamos bien a los compromisos contraídos; supone algo más, si queremos ser fieles a nuestra vocación, y si queremos ser felices viviendo con pasión nuestro ministerio. La identificación con Cristo, propio de todo cristiano, pero de manera especial del presbítero, implica estar siempre en un proceso continuo que nos lleve a ir integrando, **armónicamente**, los distintos aspectos del ministerio: *gusto por la oración, contemplación de la Palabra, vida sobria y entregada, frecuencia del Sacramento de la Reconciliación, vivencia íntima de la celebración Eucarística, encuentro cotidiano con María, Reina y Madre de los sacerdotes, fraternidad y comunión –a pesar de los pe-*

*sares— con el obispo y el Presbiterio, cuidado de los momentos de encuentro sacerdotal: retiros, formación, etc.*

Esta integración de los aspectos que configuran nuestro ministerio nos ayudará a recorrer un camino de madurez humana y espiritual que hay que renovar sin cesar. En este sentido nos puede ayudar aquel pensamiento que hemos encontrado en una homilía de Gregorio de Nisa: debemos comenzar cada día de nuevo, *de comienzo en comienzo, a través de comienzos que nunca tienen fin*. Y no se trata de llevar a cabo grandes recomienzos, sino de comenzar luchando en lo cotidiano. ¿Nos hemos preguntado cómo vivimos la fraternidad en estos momentos y circunstancias de nuestra Iglesia? Cuánta crítica y murmuración, cuantos enfados y disgustos podemos causar con los wasaps, qué daños irreparables podemos generar en la fama y buen nombre de algunos hermanos, qué poco criterio de veracidad se guarda a la hora de transmitir una noticia —y eso entre hermanos y compañeros—; ni siquiera se salva el Santo Padre, cuántas cosas se dicen acerca de él. En estos momentos en los que unos hermanos nuestros están sufriendo en su persona y honor unas acusaciones graves que han generado y seguirán causando quizás mucho escándalo entre el pueblo sencillo, es el momento en el que todos los fieles, en especial los miembros del Presbiterio debemos “cerrar filas” en torno a nuestros hermanos y procurar estar cerca, anegar el mal en abundancia de bien, y no caer en manifestaciones llenas de reticencias que generan perplejidad en nuestro pueblo; no nos olvidemos de un hecho real, que lo mismo que les pasa a ellos, nos puede suceder a cada uno de nosotros. En una sociedad como la nuestra, en donde priman una serie de criterios, que muchas veces son lesivos, incluso contra el precepto constitucional de la presunción de inocencia, y que cuando se trata de un eclesiástico parece que todo es válido, incluso la difamación y la calumnia, no nos olvidemos de lo que decía el papa Francisco en cierta ocasión: los hombres de Iglesia somos frágiles y pecadores, pero no corruptos. ¡Ayudémonos los unos a los otros! Y esforcémonos por crear un ambiente más positivo, verdadero y pacífico entre nosotros que esté iluminado por ***los principios evangélicos de la caridad y de la corrección fraterna***.

Este es el camino de nuestra santificación; sólo así llegaremos a la meta; debemos ir despojándonos poco a poco de todo aquello que impide que la imagen de Jesús se refleje gloriosamente en la vida diaria (2 Cor 3, 18; 4, 6): *Todos nosotros, con la cara descubierta, reflejamos la gloria del Señor y nos vamos transformando en su imagen con resplandor creciente, por la acción del Espíritu Santo* (2 Cor 3, 18); o bien, como nos recuerda un poco más adelante: *Pues el Dios que dijo: «Brille la luz del seno de las tinieblas» ha brillado en nuestros corazones, para que resplandezca el conocimiento de la gloria de Dios reflejada en el rostro de Cristo* (2 Cor 4, 6).



Así hemos descubierto el rostro trasfigurado de Cristo en tantos hermanos nuestros sacerdotes, transfigurados por los años, la enfermedad, el dolor, la contradicción de los buenos... en muchos de ellos; algunos siguen reflejando el rostro de Cristo; son signos de santidad, como me indicaba el joven universitario del que os hablaba al principio al referirse al sacerdote de su parroquia. No destacaba actuaciones extraordinarias, sino sobre todo su testimonio de vida, su espíritu de disponibilidad y servicio, su cercanía, su cariño a la Virgen, su desapego al dinero.

En nuestro camino sacerdotal, acogiendo el don de la gracia, viviendo el ministerio con pasión, entrega y alegría, al experimentar en nuestra existencia la misericordia de Dios en nuestra vida tantas veces rota por la fragilidad y por nuestras faltas de fidelidad y pecados, en medio de las contradicciones que se padecen, se va operando la santificación a pesar de lo que podemos creer y esperar, pues es el Espíritu Santo el que, a través de todo ello, lleva a cumplimiento lo que ya había iniciado en nosotros, recordad aquellas palabras de Pablo, que pronunció la Iglesia por medio del Obispo, en día de nuestra ordenación: esta es nuestra confianza: *que el que ha iniciado entre vosotros esta buena obra, la llevará adelante hasta el Día de Cristo Jesús* (Flp 1, 6).

Con las mismas palabras con las que iniciábamos esta mañana la primera lectura del Oficio Litúrgico de hoy, de la carta a los Hebreos, desearía finalizar esta reflexión: *Buscad la paz con todos y la santificación, sin la cual nadie verá al Señor* (Heb 12, 14).

---

#### NOTAS:

---

[1] Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte*, n. 31.

[2] *Ibid.* n. 30.

[3] CEE, *Fieles al envío misionero... Orientaciones pastorales y líneas de acción...*, p. 35.



## En la revista diocesana *Comunidade*

### Abril

#### La verdadera alegría

Este año el mes de abril comienza con la celebración de la Semana Santa y todo él estará marcado por las primeras semanas de la Pascua del Resucitado. Una de las características de este tiempo litúrgico es la alegría. Una alegría que brota del misterio de la Cruz del Señor y nos ayuda a descubrir lo que se hizo realidad en la vida de los mejores hijos de la Iglesia que son los santos. Para ellos el camino de la gloria pasa por la cruz, ¡por la cruz a la gloria! Y la gloria significa vivir la alegría en plenitud. Porque la alegría completa y plena no puede proceder de criatura alguna, sino sólo de Dios, en quien reside la plenitud de todo lo que es bueno.

En este sentido, vivimos en una situación especial en la que se habla tanto de la alegría que se nos muestra como una consecuencia de un estado de bienestar, de embriaguez, como la causa de una satisfacción instantánea, de un placer. Una alegría que se agota en sí misma y tiene unas fronteras de muy corto recorrido. No, es esa alegría que uno experimenta ante la presencia de alguien que nos ama de verdad, y tanto mayor es ésta cuanto más grande es el amor que nos profesa la persona con la que nos encontramos. En este sentido, es muy hermosa la definición de alegría que nos ofrece el papa Francisco, quien al comienzo mismo de su exhortación apostólica *Evangelii gaudium* nos dice: *La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús*. Y, ciertamente, encontrarse con Jesús es toparse con la cruz.

En este sentido podemos decir que la alegría pascual hunde sus raíces en el misterio fecundo de la cruz del Redentor de la humanidad. Al escribir esto, me viene a la mente una de las *Floreillas de san Francisco de Asís*, librito que, siendo estudiante, cayó en mis manos. La escena viene narrada en el capítulo 8º, en el que san Francisco y el hermano León van camino de regreso a Santa María de los Ángeles; es invierno y el frío y la nieve rodean todo el paisaje. Cubiertos con aquellos andrajos, van empapados hasta los huesos. En esto, como si el Serafín de Asís quisiera ayudar al hermano León a superar el frío que atenaza todos sus miembros, le va hablando de en qué consiste la verdadera alegría. Le va poniendo ejemplos de acontecimientos grandiosos y extraordinarios que afectaban a los hermanos de la Orden, aumentando cada vez la intensidad de los hechos. Y san Francisco le decía: hermano León, ahí no está la verdadera alegría. Siguiendo su camino, a un cierto punto, el her-

mano León le dice: *Padre te ruego de parte de Dios que me digas dónde está la perfecta alegría.*

Y san Francisco le respondió: *Cuando lleguemos a Santa María de los Ángeles, empapados por la lluvia y helados por el frío, y cubiertos de barro y desfallecidos de hambre y llamemos a la puerta del lugar y venga el portero irritado y nos diga: «¿Quiénes sois?» y le respondamos: «Somos dos de vuestros hermanos», y nos diga él: «No decís la verdad, sois dos pícaros que andáis engañando al mundo y robando las limosnas de los pobres; ¡largo de aquí!»; y no nos abra, y nos haga estar fuera con la nieve y la lluvia, el frío y el hambre durante toda la noche; si toda esta crueldad y las injurias y los rechazos, los sufrimos pacientemente sin alterarnos ni murmurar, pensando con humildad que aquel portero nos conoce de veras y que Dios le hace hablar así contra nosotros; escribe, ¡oh hermano León! que en esto está la perfecta alegría.*

¡Qué diferente es la concepción de la verdadera alegría que nos proponen los santos y qué distante está de aquella que tenemos ordinariamente! En este sentido, el mismo papa Francisco nos dice: *Si queremos seguir a Jesús de cerca, no podemos buscar una vida cómoda y tranquila. Será una vida comprometida, pero llena de alegría.* Si nos convencemos de que, en realidad, la vida cristiana es un camino en el que debemos anunciar a todos los que entren en contacto con nosotros la ternura y el amor de Jesús, el Evangelio viviente, entonces seremos consientes, además, de que no nos faltará la presencia de la contradicción y de las cruces, silenciosas, pero cargadas de dolor a causa de las incomprensiones, las críticas y las animadversiones. Por otra parte, esto es prueba, como dice el papa Francisco, de que *el cristianismo nunca puede ser aburrido o triste. Porque quien ama a Cristo es una persona llena de alegría y que irradia alegría.* De ahí que podamos afirmar que la alegría cristiana hunde sus raíces en la cruz.

Que en este tiempo Pascual extendamos por todo nuestro ambiente, comenzado por nuestros hogares, lugares de trabajo y diversión, la alegre noticia de la Pascua y esto haga creíble nuestra vida cristiana, sabiendo que así se extiende la alegría del verdadero discípulo que se siente amado y salvado; esa certeza es signo elocuente de que realmente hemos vivido, de manera existencial, un encuentro con Jesús, el Resucitado, el eternamente Viviente, y de este hecho brota la alegría que sentimos y que debemos comunicar a los demás.

Feliz Pascua del Resucitado. ¡Alegraos, el Señor resucitó!

Con afecto os bendice y se encomienda a vuestras oraciones,  
J. Leonardo Lemos Montanet  
Bispo de Ourense

## Mayo

### La Virgen María en el camino sinodal

La Diócesis de Ourense es una iglesia eminentemente mariana y, a lo largo del año, nos encontramos con tres momentos singulares en los que la devoción a la Virgen se vive con especial intensidad: el mes de mayo, los primeros días del mes de septiembre y todo octubre.

Todos sabemos que nos encontramos viviendo una experiencia sinodal en nuestra Diócesis y en toda la Iglesia Universal. En estos momentos nos ha llegado un deseo del Papa de que esta realidad sinodal debemos de vivirla impregnada de oración; de hecho, él mismo ha cambiado la dinámica de las reflexiones sinodales incorporando momentos de silencio y de oración entre las intervenciones para significar, de algún modo, que la sinodalidad es lo que quiere el Espíritu Santo para la Iglesia y, de manera especial, para la Iglesia en estos momentos de la historia. Y para descubrir el querer de Dios son imprescindibles esos momentos de silencio, para dejar que Él actúe en nuestros corazones y nos haga sentir su querer.

En esta ocasión, el Santo Padre Francisco nos ha pedido a todos los hijos e hijas de la Iglesia que dediquemos el día 31 de este mes de mayo, memoria litúrgica de la Visitación de la Virgen, a rezar de manera especial por la Asamblea Sinodal, que se celebrará el próximo mes de octubre. En concreto nos pide a todos los obispos del mundo para que, junto con todo el Pueblo fiel de Dios: sacerdotes, seminaristas, miembros de la vida consagrada y todos los fieles laicos, hombres y mujeres, ancianos y niños, pongamos los trabajos del Sínodo de los Obispos bajo la protección de la Virgen María. Nos sugiere, además, que convoquemos al Pueblo en un santuario de especial devoción para toda la Diócesis y allí recemos el Rosario, dándole un sentido muy particular.

Este Sínodo de los Obispos lo sentimos como muy cercano a nuestros corazones porque, cuando estábamos concluyendo nuestro Sínodo Diocesano, el Papa nos invitaba a participar en el universal. A pesar de que pudiéramos estar un poco cansados por la marcha de nuestro camino sinodal, sin embargo, la respuesta de los diocesanos ha sido muy generosa y hemos vuelto a participar en las sesiones diocesanas del Sínodo Universal y en la reflexión de toda la Iglesia en España; es necesario afirmar que estuvimos preparándonos, por lo menos un grupo representativo de toda la Diócesis, con la fase diocesana y la continental. De esos encuentros se nos han ofrecido unas valiosísimas síntesis, a modo de documento, que son de una gran utilidad para nuestra reflexión

y, de manera especial, para captar el ritmo global de la Iglesia en este viejo continente europeo y en el mundo entero.

A través de esta carta mensual que os dirijo desde la revista *Comunidade*, quisiera haceros llegar la invitación del Papa y que, en vuestras agendas, reservéis el día 31 de mayo para encontrarnos y rezar muy cerca de una de las imágenes más veneradas de la Diócesis. Os invito a que en ese día peregrinemos al Santuario de la Virgen de los Milagros (ya se os concretará la hora), para rezar juntos a la Santa Madre de Dios por la intención que nos pide el Papa.

En los primeros días de mayo se nos hará llegar un subsidio completo desde la Comisión Episcopal para la Liturgia con el que podamos orientarnos en la celebración de este encuentro y, al mismo tiempo, también se pondrá a disposición de todos un “folleto para los fieles”.

Al mismo tiempo que os hago llegar esta invitación del Papa, aprovecho la ocasión para rogaros que, durante el mes de mayo, en esos ejercicios marianos que tengáis costumbre de hacer, tanto de forma individual como en la comunidad parroquial, pidáis por las vocaciones para el Seminario Mayor. La Obra de las vocaciones debe ser una realidad que tiene que cautivar nuestro corazón de hijos e hijas de esta Iglesia.

Suplicarle, también, a la Madre de Dios y protectora de nuestros pueblos, que en la jornada del día 28 de este mes seamos conscientes de nuestras obligaciones y votemos en conciencia a aquellos que, en presencia de Dios, estimamos podrán gobernarnos bien y procurarán el bien común de nuestros pueblos y de sus gentes, prestando una atención especial a los más necesitados y vulnerables. No podemos olvidar que nuestra fe debemos encarnarla en la situación concreta en la que vivimos y, desde las exigencias de la misma, todos somos responsables del bien común. Debemos ser constructivos y propositivos, tenemos que luchar para no caer en lamentaciones ni quejas, eso es estéril y poco cristiano.

Que Santa María Madre nos ayude y proteja en estos momentos.

Con afecto os bendice y se encomienda a vuestras oraciones,  
J. Leonardo Lemos Montanet  
Bispo de Ourense

## Junio

### Las constituciones sinodales

Desde el año 2016 estamos viviendo en esta Diócesis una gozosa experiencia eclesial. Comenzó por un sueño de un pastor que fue acogido por la gran mayoría del Pueblo de Dios que vive en estas tierras.

Han sido momentos vividos con especial intensidad y con bastante preocupación, pero el recorrido que estamos haciendo vale la pena, sobre todo cuando acogemos el querer de Dios con un corazón abierto. Durante este tiempo las adversidades del momento fueron eclipsadas por los consuelos de Dios. Hemos descubierto que la sinodalidad es el camino de la Iglesia del tercer milenio. Cuando nos disponíamos a clausurar la Asamblea Sinodal, el papa Francisco nos sorprendía a todos invitándonos a participar en el Sínodo de los Obispos. La estructura que se había creado para los grupos sinodales se transformó, en la mayoría de los casos, en un cauce operativo para la reflexión de los documentos que, desde Roma, nos han enviado; de este modo hemos participado en la reflexión de las diócesis españolas, más tarde en la continental y ahora, con nuestra oración queremos acompañar la celebración de la primera Asamblea del Sínodo de los Obispos, que se celebrará el próximo mes de octubre.

Mientras estábamos centrados en estas reflexiones, algunos de nuestros fieles se preguntaban por las Constituciones Sinodales de la Iglesia en Ourense. Algunos afirmaban que tantos esfuerzos, y tanto tiempo empleado, para nada. En aquellos momentos se les pedía calma y paciente espera.

El pasado 10 de mayo, fiesta de San Juan de Ávila, se ha hecho entrega, a los sacerdotes y seminaristas que asistieron a los actos de ese día, del libro de las Constituciones Sinodales.

A lo largo de este tiempo, en medio de las ocupaciones ordinarias y atendiendo a las tareas pastorales, hemos dedicado muchas horas de reflexión, estudio, consulta y oración a la elaboración de estas Constituciones del Sínodo Diocesano de Ourense 2016-2021.

Poco a poco iremos distribuyendo este libro, edición bilingüe, a todo el clero, miembros de la vida consagrada, los laicos que participaron en los grupos sinodales y a los demás agentes de pastoral. En nuestras manos tenemos una síntesis de las muchas reflexiones realizadas por los grupos sinodales. No ha sido tarea fácil su realización, pero la Iglesia en Ourense, fiel al impulso sinodal del Espíritu, puede encontrar en las páginas de estas Constituciones muchos elementos para la reflexión y, de manera especial, la Normativa Sino-

dal que ha sido solicitada por tantos fieles, especialmente laicos.

El Sínodo, con sus dificultades y limitaciones, ha sido una profunda experiencia de comunión en torno a una misma fe, una misma Iglesia, un mismo Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo que, con la fuerza del Espíritu, nos quiere enseñar que juntos podemos conseguir lo que solos no podemos.

Es precisamente en esa experiencia donde se apoya la palabra del papa Francisco cuando nos recuerda que el camino sinodal es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio. Acoged las Constituciones sinodales como una experiencia de fe viva y en comunión con la Iglesia que, como “madre y maestra”, quiere ayudarnos a realizar esa conversión pastoral que nuestras comunidades y sus gentes necesitan.

Con afecto os bendice y se encomienda a vuestras oraciones,

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense